

Mississippi

Hay una melancolía ancestral que se manifiesta en la ciudad de Dubuque, en el estado de Iowa, en la frontera con el estado de Wisconsin. El Mississippi divide dos formas de ver el mundo.

No es lo mismo estar en una orilla que en la otra. La orilla de Iowa es más tradicional y rural. La orilla de Wisconsin es una autopista que lleva hasta Madison.

Y Madison es una ciudad con toque europeo.

Tiene tiendas magníficas de ropa y de zapatos. Tiene calles y aceras, y tener calles y aceras es infrecuente. Se ven en los escaparates de las tiendas de Madison zapatos de la marca Stacy Adams. Hay mucha agua en la capital de Wisconsin. Porque Madison está cercada por una larga cofradía de lagos. Solo sé encontrar uno: el lago Monona, que en invierno se convierte en una plancha de hielo.

No sé dónde están los otros lagos, estarán por ahí, imagino. Tendría que buscarlos, pero me da pereza. La pereza del turista. El turista quiere verlo todo, y se cansa, y en-

tonces se malhumora. Y comprende una cosa que tiene un lado sombrío: el mundo es inabarcable, y exige, para su contemplación, la entrega de tu vida entera; eso hacían los románticos del siglo XIX. Pero nosotros solo somos turistas que queremos verlo todo en una semana, y eso es un insulto a la belleza de la tierra.

En Madison vivió el joven Henry Vilas, hijo de la gran familia Vilas. La familia donó a la ciudad una auténtica fortuna en tierras allá por 1914. Hay un zoo gratuito que se llama Henry Vilas Zoo, de modo que tengo la sensación de estar en mi ciudad. En Ciudad Vilas. Entiendo que si yo me llamo Manuel Vilas y he venido a una ciudad fundada por la familia Vilas es por alguna razón.

Buscamos un acto de voluntad en cualquier sitio.

Hay un designio americano que me estaba reservado. En cierto modo, es el triunfo de la democracia y de la enormidad de Estados Unidos: te llames como te llames, seguro que tu apellido es importante en alguna de las catorce mil ciudades que existen en este país.

Ten esperanza.

Confía.

Hay recuerdos de los Vilas diseminados por todo Madison: nombres de parques, de calles, de bares, de tiendas, de librerías, etcétera. El Zoo Henry Vilas tiene orangutanes y jirafas. ¿Qué hace una jirafa en Madison? Preguntádselo a Henry Vilas.

Henry Vilas murió con veintiún años, no sé dónde estará enterrado, pero su apellido domina Madison. Gracias, hermano Henry, por fundar Ciudad Vilas. Siento que te murieras tan pronto, pero veo fotos tuyas en una tienda de antigüedades y sé que fuiste el más guapo de

Madison. También el más alto. Leo que medías un metro noventa y cinco centímetros, que es la estatura de los ángeles y de los hombres mimados por Dios y por los cielos.

Por encima del Mississippi, cruzando los pesados puentes que los seres humanos construyeron en lo alto de sus aguas, circulan camiones que parecen bestias prehistóricas. No sabemos qué transportan, no creo que lo sepa nadie. Tal vez fantasmas humanos.

Nadie sabe nada.

Un río sin nadadores es un río sin tamaño humano.

Nadie se baña ahora en el Mississippi.

Una de las mejores canciones del álbum de Bob Dylan *Love and Theft* se titula «Mississippi». Dylan cantó a este río. Todos cantaron estas aguas. El Mississippi cruza los estados, y es una conmemoración de la vida antes de la llegada de la civilización.

La ciudad de Dubuque es la gran ciudad del Mississippi y está desierta. No hay nadie en las calles. Ni siquiera pobres, ni siquiera *homeless*. Ni siquiera calles. Solo semáforos para nadie. ¿Dónde está la gente? Los hoteles están *full*. Ana y yo tenemos dificultades para encontrar una habitación en Dubuque. Ana llama a hoteles de Dubuque desde su móvil. Todos los hoteles están completos. Conseguimos una extraña pero confortable y amplia habitación en un Holiday Inn por ciento sesenta dólares. Una habitación junto a la piscina con *spa*, donde se bañan cuerpos humanos de una obesidad fronteriza: hombres con pechos colgantes.

La gente no está en la calle porque se encierra en los grandes casinos de Dubuque.

El Mississippi inventó los casinos.

Salimos del hotel y nos vamos a ver casinos. No hay ningún Robert de Niro como el que aparecía en la película *Casino* de Martin Scorsese en los casinos de Dubuque. Porque todos los que están aquí son nadie, y esa es la grandeza existencial de este sitio. Descansas aquí de la obligación de tener que ser alguien para poder vivir con un poco de autoestima.

Lo que hay aquí es gente que fuma y juega y engorda.

Creo que nunca vi una simultaneidad tal en la acción de esos tres verbos: fumar, jugar y engordar. Me exalta esa sincronía. Me exalta toda esta dejadez blanda, esta entrega del alma a la nada de los casinos que flotan sobre el absurdo Mississippi, un río con su leyenda apagada.

Pienso en Mark Twain. El Mississippi que él conoció era un río para bañarse en él, para celebrar la vida dentro de él. Hoy el Mississippi es como un caimán fosilizado que vertebrata Estados Unidos sin que nadie se lo pida, y menos los hombres; ya no es aquel río que hizo que la gente ascendiera y descendiera por medio país en barcos fluviales buscando el sentido de las cosas. Hay un casino en Dubuque que se llama Mystique. Los fines de semana permanece abierto las veinticuatro horas del día. Cientos de brillantes automóviles están aparcados junto al río. Automóviles dantescos en la noche muy fría: Lexus, Porsches, Fords, Mercurys, Dodges.

Hay un Dodge negro que me agrieta el corazón. Ese Dodge negro parece un símbolo del pasado de cualquiera, de cualquiera que lo mire. Lo miro yo y refleja mi pasado.

Los casinos florecen junto al río, como flores densas. Son rojos, de color rojo, con grandes salas y pasillos llenos

de espejos, moquetas y luces. Se exalta la soledad de los jugadores, la soledad también juega a la ruleta.

En el casino estás a salvo de la estupidez de la vida. De ahí su éxito. Es un refugio donde el tiempo corre de otra manera y la realidad se transforma en dinero que va y viene sin ninguna razón.

Me fascinan los casinos porque en ellos el capitalismo vuelve a su esencia, es decir, a ninguna esencia: dinero que cambia de un bolsillo a otro por puro azar. Contemplas el azar, y el casamiento del dinero con el azar, y estás así horas y horas: viendo pasar el dinero, como si fuesen pasos de una procesión de Semana Santa.

Me acuerdo de la novela *El jugador*, de Dostoievski. Me acuerdo de que él dijo algo parecido, dijo que los caballeros ni se inmutan viendo correr el dinero. Sin grandes emociones, solo absortos en entretenimientos simples. Dostoievski hubiera sido enormemente dichoso en estos casinos. Pobre hombre, no tuvo esa oportunidad. Tanto escribir y escribir y no haber tenido la ocasión en vida de poder ver los casinos del Mississippi.

Me imagino viviendo en Dubuque, me invento una vida en Dubuque. Un hombre que trabaja durante la semana en un empleo cualquiera. Que tiene una casa. Que no tiene amigos. Que es perfectamente feliz no teniendo amigos ni familia ni mujer ni amantes ni novias, pero sí una casa, heredada de su madre muerta. Que únicamente le quedan a la intemperie los fines de semana. Que esa intemperie la llena pasando el sábado y el domingo metido en los casinos. Que allí nadie se saluda. Que allí el mundo te deja en paz sin abandonarlo. Que en los casinos nadie es más que otro. Que en los casinos no te pre-

guntan cómo te llamas. Que luego, cuando te cansas, te marchas, sales afuera y allí está tu coche, perfectamente aparcado. Que te metes en tu casa y allí hay otro casino. Que te metes en tu corazón y allí hay otro casino porque todos llevamos un casino dentro en donde se apuesta a vida o muerte y tampoco eso contiene emoción alguna.

El Mississippi trajo los casinos, porque la antropología cultural americana del siglo XIX liga el desarrollo comercial e industrial a la navegación a través de los ríos. Es como si el Midwest necesitase vida portuaria en medio de las praderas. Demasiada tierra sin mar. El Mississippi sustituyó al Atlántico.

Mark Twain navegó por el Mississippi en días sin contaminación, en días con el aire puro. Twain en realidad se llamaba Samuel Langhorne Clemens. Se cambió el nombre como homenaje al Mississippi. Twain iba palpando con un palo las profundidades del Mississippi, así se navegaba entonces.

¿Dónde estará ese palo ahora?

Era la forma de conocer el río: coger un palo infinito e ir clavándolo en las entrañas del Mississippi. «Muere, Missi», decía Twain riendo, mientras hendía el palo en las profundidades. «Cómo estás hoy, Missi», preguntaba Twain todas las mañanas radiantes de vida. Twain medía la profundidad del río en cada momento, para saber si se podía seguir navegando. Qué habrá ahora en las profundidades del Mississippi: tal vez la sonrisa momificada de Mark Twain. Y la sonrisa rígida e ingravida de Huckleberry Finn, riéndose amablemente de nosotros, los jugadores salvajes.

Volvemos Ana y yo a nuestra habitación del Holiday Inn. Nos tumbamos en la cama, ponemos abundantes almohadones tras nuestras espaldas. Nos decoramos con almohadas y cojines. Y dirijo mi mano hacia el centro del universo: hacia el mando a distancia.

Y enciendo la tele: una gran pantalla de plasma que cuelga de la pared de la habitación, justo enfrente de donde estamos tumbados, todo calculado para ver la tele desde la cama, porque ver la tele desde la cama es una de las conquistas más trascendentales de la clase media americana.

Y aparecen los Simpson.

Los Simpson están de celebración, cuenta una señora que sale por la tele, porque cumplen veinticinco años de éxitos.

Así es.

Retransmiten un programa especial dedicado a la historia televisiva de *Los Simpson*, con una selección de episodios.

Veo el programa completo.

Y pienso que en algún momento estelar de finales de la década de los años ochenta del siglo xx el dibujante de cómics Matt Groening tuvo una visión que era, en realidad, una reconciliación. Dio un paso hacia adelante en la renovación y actualización de la épica americana: satirizó de forma moderada, y aceptable, el *American Way of Life*.

No quiso destruir ese sueño, sino ampliarlo, completarlo, otorgarle el prestigio europeo de la parodia. Y concibió a los Simpson. Y los Simpson triunfaron no solo en Estados Unidos, sino en el mundo entero, porque también

el mundo necesitaba contemplar el delirio satírico de la utopía americana.

Y fue entonces cuando asistimos al tránsito de la épica de los *westerns* de John Ford a la comedia inteligente de los Simpson. Todo un país transformaba su existencia. Los Simpson ofrecían al americano medio —con algún tipo de formación aunque fuese muy básica, con algún libro leído encima, en fin, con algo que le diera cobijo frente a la ironía— un bálsamo y un consuelo hiriente, para seguir siendo dichoso en medio de las ruinas del capitalismo de empresa familiar. El acierto de Groening fue fijarse en la familia, porque la familia fue, es y será un cimiento político del capitalismo y de la religión y de la democracia. Es decir, de la civilización.

El programa que estoy viendo por la televisión lo «conduce» John Marital Kart, un hombre tal vez de unos cincuenta años, pelirrojo, con bigote, con gafas de color verde que le dan un toque *outsider* o extraterrestre, con una pajarita, y con alianzas pesadas en los dedos índice y corazón de las dos manos.

Me levanto de la cama y saco del minibar una lata de Coca-Cola. Me fastidia que haya latas en vez de botellas de cristal, no sabe igual la Coca-Cola en lata que en botella. Las latas no me gustan. Las botellas, sí.

Miro por la ventana de la primera planta de este Holiday Inn, no hay nadie en la calle, porque la calle no existe.

Sigo viendo el programa.

Completa este programa especial una sustanciosa mesa redonda sobre los Simpson. Parece un congreso de sociología de alto nivel universitario. Parece un máster de perturbados, de visionarios. Un máster de zombis.

John Marital recuerda ahora que la primera aparición pública de los Simpson fue el 17 de diciembre de 1989. Desde entonces hasta ahora, han sido veinticinco años de permanencia ininterrumpida en las pantallas.

Los Simpson no han envejecido. Se han adaptado a los presentes sucesivos que ha vivido el mundo occidental desde 1989 hasta este 2014. Los Simpson no envejecen, como sí envejece América; me refiero a que los televidentes van cumpliendo años, pero los Simpson no. La animación no puede envejecer. A los seres humanos les salen arrugas; los dibujos animados son inalterables. Los Simpson son inmortales gracias a los cientos de guionistas que han trabajado para la Fox, la cadena propietaria de la serie, porque los Simpson se convirtieron en una industria audiovisual. Que fuese la Fox, una cadena de tradición conservadora, la que apostara por la serie tiene también su punto de ironía y ese punto de desasosiego que procede de la comprobación de la muerte de las ideologías políticas históricas y del nacimiento del éxito como única ideología posible. Imagino a todo ese ejército de guionistas, actores de voz, asesores, productores y técnicos como a todo aquel ejército, más menesteroso, eso sí, de anónimos pintores que trabajaban en el taller de Rembrandt.

Acompaña a John Marital en la mesa redonda una tal Lucy Maribella Lanzor, periodista de investigación social del *Miami Herald*. Anoto su nombre en la libreta de encima de la mesilla del Holiday Inn, me gustan esas libretas de los hoteles, me seducen, siempre me invento cosas para anotar; y si no se me ocurre nada que anotar, sufro.

Lucy Maribella es una mujer de unos treinta años, de rostro oscuro o latino, con pelo corto, teñido de color ru-

bio, vestida de manera austera, con un traje de chaqueta, con una cicatriz indisimulada en la comisura de los labios. Una mujer bastante atractiva, con uñas grandes pintadas de violeta, o ese es el color que creo distinguir desde la tele de mi habitación.

Ana se está quedando dormida, apoyada sobre la almohada, y con el iPad encendido en una mano, y en la otra un Pilot color verde, y en el regazo una libreta de Moleskine donde apunta datos sobre Dubuque por si me decido a escribir un artículo para algún periódico español.

Entre John Marital y Lucy Maribella me han despertado una voraz curiosidad por los Simpson. Miro en internet información, encuentro este dato: los actores de voz de *Los Simpson* ganan ya 400.000 dólares por episodio. Esos 400.000 dólares, como en automatismo mental, me recuerdan un dato que escuché hace no mucho en otro programa de televisión, en el Canal Historia, en donde se decía que a principios del siglo XVII crecían en Estados Unidos 50.000 millones de árboles. Pienso ahora, mientras me bebo mi Coca-Cola, en esos actores y guionistas y productores de la Fox, que se habrán comprado grandes mansiones y automóviles de lujo a costa de la disfuncionalidad de Homer Simpson y de sus seres queridos. Pienso en que los Simpson y sus predecesores no solo extinguieron a los indios sino a los 50.000 millones de árboles que poblaban América del Norte.

Sigo viendo la mesa redonda y el especial sobre los veinticinco años de *Los Simpson*. Se me ocurre preguntarme qué pensaría un cantante como Johnny Cash de los Simpson, si es que los vio alguna vez. Invento mentalmente una paradoja *made in USA*: quien supo retratar a la

clase media baja estadounidense se redimió socialmente y se convirtió en clase alta. Groening fundó una industria que ha enriquecido a mucha gente. Y la Fox, feliz. Y los Estados Unidos, felices. Y los presidentes de los Estados Unidos, que también fueron saliendo como personajes reales en la serie, felices también. La clase media americana quedaba blindada contra la parodia. Todo el país ganaba la inmunidad contra cualquier crítica cáustica, contra cualquier crisis intelectual. Los Simpson son el certificado de excelencia artística para el estrellato internacional de la clase media americana.

Sigo mirando en internet, me encuentro con un texto del escritor suicida estadounidense David Foster Wallace. Increíble, hasta Foster Wallace pensó a los Simpson. Veo un episodio de *Los Simpson* protagonizado por Frank Sinatra. Igual Foster Wallace aspiraba a salir en un capítulo de la fabulosa serie.

Si no sales en *Los Simpson*, no existes, no formas parte de la cultura popular, hasta Fidel Castro, Dios, Hitler, los Rolling Stones, Tom Jones, John Lennon, Freddie Mercury y Gorbachov salieron en *Los Simpson*. Y, por supuesto, el propio Matt Groening.

Lo cierto es que Groening fundó una industria basada en unos dibujos que contenían casi el misterio del Santo Grial de la clase media: unos globos oculares a punto de estallar que pasaban de padres a hijos, la barriga prominente de Homer Simpson, unos pómulos redondeados que simbolizaban la redondez del planeta en que todos vivimos, sus brazos pegados al cuerpo en señal de discernimiento cómico de las cosas humanas, el afán de belleza conyugal resumido en ese moño ancestral que parece la

torre de Pisa de Marge, las cabezas dibujadas con líneas rectas, los pelos a modo de extraña corona de Bart, como si fuese una parodia *made in the Midwest* del complicado príncipe Hamlet, la ausencia de trazos complejos en los dibujos, la elementalidad facial que servía como representación de la elementalidad de la supervivencia inteligente dentro del vendaval de ruido grasiento del puritanismo americano. Además, los Simpson introdujeron una confusión muy interesante: la dificultad cultural de establecer distancias entre la clase media y la clase media baja. Todo un éxito literario.

Se ha oído un ruido en la habitación. Ana se ha quedado completamente dormida y el iPad se ha estrellado contra el suelo. Pero el suelo está enmoquetado. Siempre las moquetas, un país que heredó las moquetas inglesas, que heredó el lujo de lo medio; un país que tiene también la tradición autóctona del suelo de madera, del parquet, hay una lucha entre las moquetas y el parquet. Nadie sabe quién acabará ganando. Tal vez quede en tablas. Creo que ganan las moquetas.

Veo ahora a Homer Simpson acudiendo a un concierto de los Who. Los Simpson eran la elevación de una agradable fealdad a una categoría razonable de vida; sirvieron de válvula de escape a una sociedad basada en el culto al trabajo y a la responsabilidad moral, y le quitaron gravedad al hecho de ser nadie en medio de un país en constante crecimiento económico y con la pulsión de «llegar a ser alguien» como único norte psicológico y psiquiátrico. Los guionistas se emplearon a fondo con Homer Simpson, hasta el punto de convertirlo en un sabio fermentado en las cloacas de la ordinariez, cercano a Woody Allen

en algunos aspectos, un filósofo de la impasibilidad, un dibujo animado que nos hace reír, pero con una risa retardada. La familia Simpson era también la heredera de la familia Monster.

De los Simpson doy un salto y vuelvo a David Foster Wallace. Pienso en el ahorcamiento de Wallace, un hombre de cuarenta y cinco años que estaba en la cumbre de su carrera literaria. La gente pensaba que Foster Wallace acabaría convertido en uno de esos grandes talentos americanos que van de universidad en universidad, recorriendo todas las ciudades de costa a costa, que más tarde viajan a París, a Berlín, a Roma, a Praga, a Venecia. Dan conferencias en Europa y duermen solos en habitaciones de hoteles de cuatro estrellas que pagan las instituciones culturales occidentales, esas instituciones culturales que llevan una década debatiéndose hamletianamente entre reservar a los escritores americanos habitaciones en hoteles de cuatro estrellas o habitaciones en hoteles de cinco estrellas.

Y, sin embargo, se ahorcó. No pudo soportar su depresión, que le acompañaba desde la infancia.

Recuerdo que cuando se suicidó Foster Wallace, se hizo pública en los medios la amistad del escritor con la actriz del porno Belladonna. Parece ser que fueron presentados en Nueva York. Wallace estaba interesado en conocer, de manera detallada, cómo era el trabajo de una actriz porno, pues pretendía escribir una crónica o un ensayo sobre ese mundo. Se hicieron amigos. Belladonna mandó a Wallace todos sus deuvédés envueltos en un estrafalario papel rosa que tenía dibujados corazones picassianos. Docenas

de películas que aparecieron en un *closet* de la casa de Wallace en Claremont, en California.

Karen Green, la mujer de Foster Wallace, fue quien se encontró con el cuerpo oscilando bajo la soga con un imperceptible movimiento de campana. Wallace pensaba que cuanto más te castigas, más posibilidades hay de comprender la razón de tu existencia, pero eso es muy viejo. Si te matas, exiges una razón. Es como la apuesta final. Al conocerse su muerte en España, una escritora española escribió en Facebook que Wallace se había ahorcado porque no follaba lo suficiente.

Que si follas no te matas. De buenas a primeras, parece cierto: si follas, no te ahorcas. Pero es rigurosamente falso. Es como decir: si friego el pasillo, no me ahorco. Si madrugo, no me ahorco. Si juego a la comba con la cuerda con que me iba a ahorcar, no me ahorco. Parece que el suicidio tiene más significado que la literatura. Porque ya no se trata de leer grandes páginas o de emocionarse con maravillosas novelas, sino de que pase algo que sea verdad.

Dejo de ver fotos de Wallace en internet y miro la tele, Lucy Maribella está hablando ahora, con mucha pasión. Está hablando de la holgazanería de Homer.

Es verdad. Homer es vago, come donuts y bebe mucha cerveza, va a la taberna con sus amigos, le gusta ver la tele, vive bajo la rígida ley del mínimo esfuerzo, trabaja en una central nuclear cuyo dueño carece de cualquier principio moral. El pudrimiento del planeta da igual. El pudrimiento de los seres humanos da igual porque invita al carnaval. Marge es, inevitablemente, fea, aunque tiene su morbo; es un ama de casa que alberga buenos senti-

mientos y es el pilar de toda la familia. Sobre ella y sobre su churrigueresco peinado de peluquería de barrio de la provinciana Springfield descansan la maternidad y la vida conyugal. No se deprime sino todo lo contrario, de su paciencia emerge un sentido del humor que hace de su vida una comedia tan insulsa como entrañable. Porque eso son los Simpson: un vacío que se hace perdonar por suerte del humor. Somos una familia de cretinos evanescentes, pero somos famosos, tenemos el don de la risa interminable y hemos alcanzado el éxito: millones y millones de seres humanos, en miles de ciudades occidentales del tamaño de Springfield, son como nosotros. Toda forma de romanticismo ha muerto y las familias que salen en el cine de Bergman y en las tragedias de Shakespeare son una entelequia, esa es la filosofía de Homer.

Recojo del suelo el iPad de Ana y lo cierro. Recojo también el Pilot antes de que manche de tinta las sábanas. Apago la tele. Apago el ordenador. Apago las luces de la habitación del hotel Holiday Inn, y abro la puerta silenciosamente y salgo de la habitación.

Me apetece salir a una calle que no existe.

Dubuque está desierto. Todos están en el casino, jugando. Me acerco hasta el Mystique. Dudo si entrar o no. Me decido por seguir paseando hasta la mismísima orilla del Mississippi. Sigo pensando en los Simpson, aquí, en la orilla del Mississippi. Si Hegel dijo que lo real es racional, y que lo racional es real, Homer Simpson dice que la medianía es más racional que la excelencia y que la risa es más real que la tragedia. La verdad es que los Simpson nunca me gustaron. Es una serie que en realidad no busca la risa, porque la risa es feroz, sino una idea ya preconce-

bida y aceptable de la risa. Es risa enlatada. Para eso, me quedo con *La casa de la pradera*, aquella serie de los años setenta. Pero debe de haber ya millones de seres humanos sobre la tierra que no sepan qué era *La casa de la pradera*, porque todo es hijo del tiempo. Y *Los Simpson*, como *La casa de la pradera*, pronto serán humo, recuerdos audiovisuales de una época inexpresiva.

Tengo a mis pies las aguas del Mississippi.

Me siento a su lado y, aunque está helando, me quito las botas, me quito mis calcetines de lana, me remango los pantalones hasta las rodillas y entro en el río. Siento una puñalada honda en los pies y agujas clavándose en mi carne. Pero aguanto y entro un poco más. Siento que mis pies se hundan en un barro helado, podrido.

Hola, Missi, digo, he venido a verte.

He venido a verte porque tú siempre has estado aquí. Necesitaba estar al lado de algo que no muere, eso es, sí; o algo que no se muere del todo, quise decir.

Dios, qué ganas tengo de nadar en tus aguas, Dios santo, qué ganas, qué deseo de ti, de nadar en ti hasta la consumación del peligro y la segunda venida de Jesucristo, que está al caer.